

**Caronello, Pablo Javier**

*La libertad del amor como clave de encuentro  
entre objeto y sujeto. Leyendo a Hans Urs von  
Balthasar*

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013  
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Caronello, Pablo Javier. "La libertad del amor como clave de encuentro entre objeto y sujeto : leyendo a Hans Urs von Balthasar" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/libertad-amor-como-clave-encuentro.pdf> [Fecha de consulta: ....]

## **La libertad del amor como clave de encuentro entre objeto y sujeto**

### **Leyendo a Hans Urs von Balthasar**

La primera escena de la ópera Tannhäuser del compositor y dramaturgo Richard Wagner nos sitúa en la angustia del protagonista quien, viviendo en el mundo del falso amor que le brindaba la diosa Venus, comprende en un determinado momento que se encuentra alejado y separado de la verdadera realidad. Desea entonces volver a contemplar la belleza del mundo, pero en las cavernas de la diosa, donde hay ausencia de todo verdadero amor, lo real se le aparece como en un detrás inaccesible.

#### **1. Una tesis central del teólogo Hans Urs von Balthasar**

Posiblemente hoy en día las problemáticas gnoseológicas no nos interesen demasiado. Por el contrario, la cuestión del amor nos es sumamente atractiva, ya que amar y ser amados toca las fibras más íntimas de nuestro ser. En este sentido, Hans Urs von Balthasar dio en el blanco cuando hizo ver que el núcleo de lo existente es el amor. De aquí que el fundamento último de la cuestión de por qué el ente se muestra, se da como don y se hace palabra capaz de ser pronunciada por otro tenga por raíz, según este autor, al amor. A partir de esta central tesis balthasariana, viga que sostiene toda su especulación y que por cierto, no es otra cosa que el núcleo del mensaje cristiano, quisiéramos desarrollar en clave gnoseológica algunas perspectivas a las que nos abre su pensamiento. En efecto, si el amor funda y es fundamento de todo lo que existe, será también la libre gratuidad del amor lo que haga posible un verdadero encuentro entre un sujeto cognoscente y un objeto conocido. De esta manera, la problemática acerca de la cognoscibilidad humana que tanto preocupó a la modernidad, en el autor helvético quedará resuelta a partir de esta doctrina. En efecto, la relación entre el sujeto en cuanto sujeto cognoscente y el objeto en cuanto lo conocido, solo puede explicarse cabalmente si comprendemos que entre ambos existe una disponibilidad del uno hacia el otro, vínculo que no puede sustentarse sino desde una salida o un libre éxodo mutuo entendido como amor.

## 2. Punto de partida: la dinámica expresiva de la realidad

Balthasar parte de la constatación de que en el mundo sensible existe una estructura ontológica según la cual la realidad se desarrolla en dos fases: fundamento y manifestación del ser, polaridad cuyos extremos son: ser y aparecer. Más he aquí que ambos extremos no son inconexos o independientes; el ser no es el aparecer y el aparecer no es el ser; sin embargo, entre ambos existe una profunda relación puesto que el aparecer no es otra cosa que la expresión de la interioridad del ser: “La interioridad es simultánea con su comunicación, el alma con el cuerpo [...]. Este es el fenómeno primordial, y el que afirma no ser capaz de verlo y de comprenderlo, el que no quiere aceptarlo [...] cae en el vacío y, lo que es peor, incurre en la negación de la verdad y del bien.” (Balthasar, Gloria I 111)

De este modo, nuestro teólogo propone una mirada de la realidad que, aun dando cuenta de su estructura dual (ser-aparecer; cuerpo-alma), apunta a mostrar que dicha estructura no supone partes divorciadas puesto que ambas conforman el único ser del mundo. Por eso, esta doble dimensión es el fenómeno originario de donde parte toda otra posibilidad de asimilación de lo real. Si se niega este principio fundante, se niega con él al mismo ser, incurriendo así en su anulación, ya sea por considerarlo solo apariencia, ya sea por llevarlo a la pura esfera del espíritu y disolverlo de este modo en una fantasmagórica “no realidad”. Si se pierde de vista la simultaneidad de ambas esferas, nos precipitaremos en el vacío del ser y, en consecuencia, perderemos de vista la riqueza de la realidad total. Al respecto, afirma Balthasar:

“La superficie, sin romperse, está, por así decirlo, lastrada con todo el contenido significativo de la profundidad; el contenido del oculto centro puja en cierta medida hacia afuera, como la palabra ‘expresión’ lo da muy bien a entender. [...] La imagen es más bien la única exteriorización del ente que se anuncia de este modo inmediata y simultáneamente para sí y para otros.” (Balthasar, La esencia de la verdad 149)

La realidad, que se establece en la oscilación entre interioridad y exterioridad, se nos manifiesta en lo que aparece, no detrás o por encima, pues, como señala Balthasar, la interioridad “puja”, hace fuerza hacia afuera, como en un parto, donde el niño que está en el vientre desea ver el luminoso rostro de su madre. Así entendemos la *imagen* o la *forma* como la manera en que la interioridad de un ente (es decir, su esencia) se exterioriza, de tal modo que el fundamento quede manifiesto.

Observemos enseguida que en esta manifestación del fundamento del ser en su forma o imagen se hace patente una capacidad que tienen todos los entes consistente en hacer posible la acción de dar o donar a otro la riqueza de su intimidad, su propia entidad, al punto de que si esta facultad estuviese ausente, el ente permanecería en la sombra más absoluta de su hermética mismidad. De este modo, el ser-en-sí –es decir, el fundamento, la esencia o entidad de algo–, que en el hombre alcanza conciencia y vida espiritual (ser-para-sí), posee por propia naturaleza capacidad de comunicarse, lo que significa que el ser mismo de las cosas, desde su más profunda intimidad apunta a un otro, no siéndole nunca este otro accidental, pues el éxodo hacia este, aunque misterioso, es lo que saca a la esencia del aislamiento de su intimidad recóndita, plenificándose y perfeccionándose en su movimiento expresivo.

Llegados a este punto, debemos reconocer dos cosas: si, por una parte, en la forma o la imagen está realmente manifestada la esencia de la cosa –pues la esencia, en una suerte de “transmisión de fuerzas”, da a la imagen esa capacidad–, por otra parte, no identificándose la imagen nunca con la misma esencia, la forma o imagen no manifiesta toda la interioridad de la cosa, dejando por eso a la esencia en un misterioso “detrás”. Ahora bien, ¿cuál es el modo en que la imagen señala la esencia? Balthasar responde que lo hace mediante una “renuncia” por la que deja de ser para sí misma –en cuanto “realidad que existe-para-sí”– y se muestra como lo que verdaderamente es, es decir, como lo expresado. En cuanto “sucede” la imagen o forma, deja el camino libre para que aparezca el fundamento, la esencia. De esta manera, nos encontramos con una paradoja: la revelación del ser se da en la simultaneidad de un ocultamiento, puesto que la forma solo mostrándose como lo no fundamentado puede hacer que emerja el fundamento.

### 3. El libre éxodo del amor

En el último libro de su trilogía teológica, Balthasar realiza una mirada de totalidad sobre la misma. Allí vuelve a insistir en los trascendentales, especificando que esta epifanía del ser se realiza por la mutua relación e iluminación entre ellos: por medio de la belleza, el ser se muestra; por medio del bien, el ser se da y finalmente, por medio de la verdad, el ser se dice. Como lo acabamos de subrayar, la invisibilidad del principio metafísico de todo ente del mundo se manifiesta de modo sensible. Por eso, si el primer contacto que el sujeto tiene con un objeto se realiza a través de la imagen con que la

misma esencia del ente se ha expresado, esa percepción es estética. Este encuentro, cuando es verdadero encuentro, produce en quien capta aquello otro el asombro ante su existencia, de tal manera que sólo esta actitud de admiración es garante de que el encuentro ha sido realizado entre dos.

Ahora bien, la acción del mostrarse del ser en la belleza solo es posible como fruto de una donación. ¿Pero cuál es el fundamento de esta donación? Balthasar no tendrá reparos en afirmar que es la gratuidad del amor, que por otro lado es lo que fundamenta al mismo ente como bueno; de aquí que el trascendental *bondad* sea por eso el fundamento óptico de la dinámica expresiva del ser. En cuanto el sujeto cognoscente accede al ser a partir de la imagen o forma –que como queda claro a partir de lo dicho, es el resultado de una donación–, al captar aquella acción develante como don, percibe simultáneamente su bondad. Al mismo tiempo, captando su bondad entiende al ente como una donación realizada con completa gratuidad y desinterés reinando en aquel acto un simple y libre “porque sí”. Se comprende entonces que toda la dinámica del ser en su desocultamiento tenga por origen el amor. El amor es el motivo por el que todas las cosas se muestran y se dan; el amor es el fundamento de que todo ente no permanezca en un sí mismo y sea así una realidad para otro; finalmente, por todo esto, el amor es el fundamento de la cognoscibilidad de la realidad.

Ahora bien, si el ente se entrega, esta donación no es en abstracto, sino que tiene por destinatario a un otro concreto. Se advierte entonces que, para que se dé un encuentro entre objeto y sujeto no basta solo con la expresión del ente; el éxodo del objeto debe estar acompañado necesariamente por otro éxodo, el del sujeto. En la apertura y salida que deberán realizar tanto el sujeto como el objeto (cada uno a su modo) es donde se dará el encuentro entre ambos, pues es en esa comunión donde los dos se descubrirán mutuamente: el sujeto que encuentra o descubre el ser, en el preciso instante en que lo hace comprenderá que antes fue encontrado por este, de manera que este encuentro no puede entenderse sino como el fruto de un don. Insistimos: sin don, sin salida gratuita del objeto y del sujeto, no hay encuentro; por eso, el ser comprendido dinámicamente es esencialmente relación, diálogo, y resulta lo más opuesto a una aislada soledad cerrada en los confines de su mismidad. Aclaremos enseguida que, si bien al ser de las cosas no lo debemos pensar necesariamente como fundamentado en una sustancial relación ontológica, sin embargo, lo dicho anteriormente muestra que si se es, se es con el fin de ponerse en relación con otro, no siendo por eso la relación algo extrínseco al ser.

#### 4. El amor solo puede ser conocido por el amor

Pero la explicación al hecho espontáneo de que el sujeto decida ir en busca de lo otro fuera de los límites de su “sí mismo” no la podemos hallar solo en la salida del objeto. Debe existir una fuerza interior al sujeto que posibilite como momento originario y originante su salida para que de esta manera pueda reconocer al objeto en el camino de lo inaudito, en el camino de esa cierta *kenosis* amorosa que todo ente realiza. ¿Cuál es esta fuerza? No otra cosa que el amor gratuito y libre que sostiene toda la realidad en la que el mismo sujeto cognoscente también está inmerso. Es la gracia o *jaris* que el hombre de alguna manera debe poder experimentar desde siempre, incluso desde el mismo momento en que se origina su vida. Y esto es así porque, como dice Balthasar, “el punto a partir del cual puede observarse y atestiguar el amor, no puede encontrarse fuera del amor [...] sólo puede estar precisamente allí donde el asunto se encuentra, es decir, en el mismo drama del amor.” (Balthasar, Solo el amor es digno de fe 74)

El hecho de que el amor solo pueda ser reconocido en la lógica del mismo amor hace necesario que en el sujeto exista una capacidad que haga posible en su percepción el reconocimiento del donarse de las cosas. Esta fuerza originante estaría anclada entonces en aquel fundamento óptico que todo hombre tiene en la base de su experimentarse existente: la captación de que este no se ha dado a sí mismo el ser, sino que lo ha recibido de Otro por amor. Este presupuesto de comprensión no es otra cosa que la experiencia primigenia de que su mismo ser es el fruto de un acto donativo de amor: “el que despierta a la existencia se entiende y se acepta como una expresión del ser en su totalidad, como un don que se le apropia y que no se ha dado a sí mismo, de modo que el don es idéntico a su existencia.” (Balthasar, Teológica II 245)

Todo parece indicar que Balthasar no está recurriendo con esto a gnoseologías de tipo innatistas, sino que, por el contrario, está hablando de un principio ontológico preconsciente a modo de sello impreso en todos los entes; sello consistente en la realidad de una existencia brotando de la gratuidad del don.

#### 5. Último fundamento del discurso

Llegamos al punto en el cual todo lo afirmado hasta ahora solo puede ser sostenido consecuentemente si aceptamos una cosmovisión creacionista, pues esta

dinámica de desocultamiento posibilitada por el amor que realizan las cosas, en verdad, no podría ser entendida sin un Amor previo a ellas que las haga ser. Como decíamos más arriba, el ente espiritual –y en él todos los demás entes– se reconoce de este modo como expresión de un amor que lo fundamenta en su mismo existir. Vislumbramos así que la capacidad expresiva de las cosas tiene su origen y su fundamento en la eterna autoentrega divina. En cuanto las cosas están creadas en la expresión divina del Verbo, según la terminología que Balthasar toma de Buenaventura, las cosas también pueden expresarse. De aquí que lo primero y fundamental que Dios da a sus creaturas y por lo cual ellas son efectivamente creaturas es la existencia. Entonces entendemos que la donación que realizan las cosas de su propia entidad no es más que la respuesta a aquel don dado en su origen constitutivo, pudiéndose interpretar esta respuesta como una acción de gracias a aquel amor creativo que las deja ser.

Este origen común en el amor que tienen tanto el objeto como el sujeto los sitúa a ambos en una dinámica de comunión, estando el uno frente al otro en perfecta reciprocidad y en simétrica conformidad; ambos están hechos el uno para el otro. Para decirlo filosóficamente: esto es así en cuanto que el ser solo puede reconocerse en el ámbito y en el horizonte del mismo ser. Por eso en este marco de comprensión, el cognoscente y lo conocido no se saben extraños, pues ambos participan de un mismo don, el de la existencia. Es entonces que tanto el objeto como el sujeto, enlazados en la misma dinámica de ser por amor, alcanzan en el acto cognoscitivo el máximo grado de su plenitud: el sujeto sobrepasando intencionalmente los límites de su propia entidad y el objeto plenificando su capacidad expresiva.

Tal vez a partir de esta clave hermenéutica que nos proporciona Balthasar se pueda ahora entender más profundamente la crisis gnoseológica de la modernidad, pues en una cosmovisión donde la noción de creación se ha ido diluyendo progresivamente, también los puentes entre objeto y sujeto poco a poco quedaron destruidos. Así, nos encontramos con el fenómeno de que en estas escuelas de pensamiento, objeto y sujeto, lejos de ser el uno para el otro, están en situación de enfrentamiento, de oposición, de guerra. En Kant, quien gana la batalla es el sujeto; en cambio, en Hegel, objeto y sujeto quedan absorbidos en una única realidad como fruto de una fría lógica dialéctica que no deja nada fuera, perdiendo así tanto el sujeto como el objeto su identidad propia. En cuanto para Hegel la expresividad del ser solo es una necesidad lógica, se elimina de la expresividad óptica la dinámica del amor libre y gratuito; por eso, el ser se manifiesta

necesariamente como imposición, no siendo, a fin de cuentas, dicho proceso dialéctico otra cosa que una conquista, una lucha ontológica.

## 6. Recapitulación

Para nuestro teólogo Hans Urs von Balthasar, el ser entendido como acción donativa es el fundamento de la realidad y solo en esta acción puede ser fundamentado el encuentro entre sujeto cognoscente y objeto conocido. Fuera del amor la realidad se ensombrece y se aleja, como lo muestra la experiencia del poeta Tannhäuser a la que hemos hecho mención al comenzar esta ponencia.

## Bibliografía

- Avenatti de Palumbo, Cecilia I. *Lenguajes de Dios para el siglo XXI: Estética, teatro y literatura como imaginario teológico*. Subiaco: Juiz de Fora, 2007. Impreso.
- Balthasar, Hans Urs von. *La esencia de la verdad*. Buenos Aires: Sudamericana, 1955. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Gloria. Una estética teológica: 1. La percepción de la forma*. Madrid: Encuentro, 1985. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Gloria. Una estética teológica: 2. Estilos eclesiásticos*. Madrid: Encuentro, 1986. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Solo el amor es digno de fe*. Salamanca: Sígueme, 1995. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Teológica: 2. Verdad de Dios*. Madrid: Encuentro, 1997. Impreso.
- \_\_\_\_\_. *Epílogo*. Madrid: Encuentro, 1998. Impreso.
- Forte, Bruno. *Teología de la historia*. Salamanca: Sígueme, 1995. Impreso.
- Wagner, Richard. "Tannhäuser" Web. 21 mayo. 2013 <[www.kareol.es/obras/tannhauser/acto1.htm](http://www.kareol.es/obras/tannhauser/acto1.htm)>